SERIE TIEMPO DE BUSCAR

¿Qué dice la Biblia de la mujer en el ministerio?

CONTENIDO

Perspectivas en tensión 2

Las actitudes el liderazgo 8

El significado de cabeza 10

El peligro de edificar sobre problemas 12

La mezcla de cultura y creación 14

El alcance de la igualdad 16

El alcance de la sumisión mutua 18

Las mujeres de la Biblia 20

La oportunidad no desafiada 22

La necesidad de amor 24

Hacia una conclusión . . 26

Una constante preocupación 32

ministerios RBC

¿QUÉ DICE LA BIBLIA DE LA MUJER EN EL MINISTERIO?

¿Nos da el apóstol Pablo la última palabra cuando dice: «*. . . no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*» (Gá. 3:28)? Si es así, ¿qué quiso decir cuando escribió: «*Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo*» (1 Co. 11:3)?

Aunque existen diferencias de opinión, aun entre los miembros del personal de los Ministerios RBC, sobre cómo resolver los principios de igualdad y liderazgo en el ministerio, ofrecemos este librito con la oración de que cada uno de nosotros llegue a conclusiones que sean sabias, bíblicas y basadas en el amor.

Martin R. De Haan II

Título del Original: *What Does the Bible Say About Women in Ministry?* ISBN: 978-1-58424-251-2
Foto de la cubierta: Terry Bidgood SPANISH
Las citas de las Escrituras provienen de la Versión Reina Valera, 1960. Usado con permiso.

Copyright © 1994, 2004, 2007 RBC Ministries, Grand Rapids, Michigan *Printed in USA*

PERSPECTIVAS EN TENSIÓN

Se cuenta la historia de un padre y un hijo que tuvieron un trágico accidente de automóvil. El padre murió instantáneamente, y al hijo se lo llevaron aprisa en una ambulancia. Al llegar al hospital, llevaron al hijo rápidamente a cirugía. Los médicos y los enfermeros reaccionaron conscientes de que cada segundo era importante. Sin embargo, cuando la persona que iba a operar ya tenía puestos los guantes y la máscara, sucedió lo inesperado. Mirando al muchacho a la cara por primera vez, volteó la cara y dijo: «No puedo operar. ¡Este paciente es mi hijo!» Los asistentes de cirugía se alarmaron. ¿Cómo era posible aquello? El padre del muchacho había muerto.

Muchos que escuchan esta historia por primera vez la encuentran confusa. La reacción del médico no parece ser lógica. El hijo no era adoptado y nunca tuvo más de un padre. Pocos adivinan rápidamente que el cirujano era la mamá de la víctima.

Hasta hace poco, la mayoría de las iglesias dispuestas a ordenar a una mujer como pastora eran las que no tenían un alto concepto de las Escrituras.

Es difícil cambiar los hábitos de pensamiento. A pesar de los esfuerzos, y en algunos países, leyes para eliminar los prejuicios en el lugar de trabajo por causa del sexo de la persona, los roles y las expectativas definidos por los mismos siguen fijos en nuestra mente.

Muchos se preguntan hoy hasta qué punto esa percepción cultural también ha moldeado

nuestra opinión acerca de la mujer en el ministerio. Un número cada vez mayor de hombres y mujeres cree que cuando una iglesia rehúsa permitir que una mujer predique, bautice, distribuya la Santa Cena o conduzca una reunión de negocios, está más influenciada por la tradición humana que por la voluntad de Dios. Como resultado de ello, algunas denominaciones han adoptado políticas que permiten la ordenación y plena participación de la mujer en todos los aspectos de la vida de la iglesia y del liderazgo.

Esas tendencias merecen una cuidadosa evaluación. Hasta hace poco, las únicas congregaciones que estaban dispuestas a ordenar a las mujeres al ministerio pastoral eran las que no tenían un alto concepto de las Escrituras. Por lo general era el ministro capacitado en un seminario liberal el que enseñaba a su congregación que no se podía confiar en el apóstol Pablo en cuanto a su opinión del papel de la mujer en la iglesia. Ellos no tenían otra manera de descartar adecuadamente las limitaciones que Pablo parecía poner a la mujer en el ministerio.

Hoy en día, el cuadro ha cambiado. Los que abogan porque la mujer esté en el ministerio son personas que confiesan tener un alto concepto de las Escrituras. Este grupo está planteando preguntas, no sobre Pablo, sino sobre las interpretaciones tradicionales de textos clave. El resultado es que hay maestros y eruditos bíblicos muy respetables que dicen dudar de si las Escrituras nos obligan a poner restricciones ministeriales a la mujer. Esos hombres y mujeres dicen que de lo que sí están seguros es de que las Escrituras no son tan machistas como creían antes. Muchos creen que el liderazgo masculino en el hogar y en la iglesia ha explotado tanto a las mujeres y ha abusado tanto de

ellas, que cualquier interpretación que dé autoridad a los hombres sobre las mujeres es peligrosa.

El resultado es que con el reconocimiento de errores pasados, preguntas de interpretación sin contestar, problemas de aplicación y el apoyo de muchos líderes cristianos respetables, un número cada vez mayor de cristianos conservadores está aceptando la idea de las iglesias dirigidas por mujeres.

Christians for Biblical Equality [Cristianos por la Igualdad Bíblica] es un grupo que hizo una declaración en publicaciones cristianas llamando a una redefinición de los papeles determinados por el sexo de la persona para los hombres y las mujeres en la casa y en la iglesia. Parte de esa declaración dice: «En la iglesia han de reconocerse, desarrollarse y usarse los dones espirituales de hombres y mujeres en los ministerios de servicio y enseñanza a todos los niveles de participación: como líderes de pequeños grupos, consejeros, facilitadores, administradores, ujieres, servidores de la Santa Cena y miembros de las juntas directivas, así como también en el cuidado pastoral, la enseñanza, la predicación y la adoración. Al hacerlo, la iglesia honrará a Dios como fuente de los dones espirituales. La iglesia también cumplirá el mandato de Dios sobre la mayordomía sin la pasmosa pérdida que sufre el reino de Dios cuando la mitad de los miembros de la iglesia se excluyen de posiciones de responsabilidad.»

Con respecto a la familia, este mismo grupo dice: «En el hogar cristiano, el esposo y la esposa han de deferir el uno al otro para complacer las preferencias, los deseos y las aspiraciones de la otra persona. Ninguno de los cónyuges ha de procurar dominar al otro, considerando en humildad a la otra persona como mejor que sí mismo. En caso de

estancamiento en una decisión, deben buscar una resolución mediante métodos bíblicos de resolución de conflicto, y no dejar que un cónyuge imponga una decisión sobre el otro. Al hacerlo, ambos esposos ayudarán al hogar cristiano a permanecer firme contra el uso indebido del poder y la autoridad por parte de los esposos, y protegerán el hogar del abuso doméstico y del abuso infantil que a veces sigue trágicamente a una interpretación jerárquica del esposo como "cabeza".»

Hay mucho de cierto en este llamamiento a la igualdad bíblica. Muchas veces hemos ignorado la sociedad compartida de hombres y mujeres y las muchas maneras en que ambos han recibido dones para servirse mutuamente y al cuerpo de Cristo.

Por ejemplo, en la iglesia primitiva, tanto los hombres como las mujeres tenían el don de profecía. Aunque la profecía se distingue del don de enseñanza (Ro. 12:6-8), hay muchas similitudes. Pablo escribió que «*el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación*» (1 Co. 14:3). También dijo que el resultado de la profecía era que toda la iglesia podía aprender y ser exhortada (1 Co. 14:31). Es importante reconocer que las mujeres tenían esa participación en la iglesia del primer siglo.

La igualdad espiritual no es el único principio que se ha de aplicar a hombres y mujeres en el ministerio.

Sin embargo, siempre existe el peligro de sobrecorregir los errores pasados. La igualdad espiritual no es el único principio que se ha de aplicar a los hombres y las mujeres en el

ministerio. Tenemos que recordar que las mujeres del primer siglo tenían la autoridad de profetizar sólo cuando tenían la cabeza cubierta, lo que en el Medio Oriente reflejaba distinción de sexo y el reconocimiento de que el hombre era la cabeza (1 Co. 11:3-12).

Fue esta especie de «verdad en tensión» lo que proveyó la base para el librito de RBC titulado *¿Qué espera Dios de una mujer?* (SS505). En ese estudio vimos que una perspectiva equilibrada de las Escrituras lleva a la mujer a (1) una distinción femenina, (2) una sumisión selectiva, (3) la igualdad espiritual, y (4) la fortaleza de carácter. En este librito vamos a enfatizar de nuevo los mismos principios, pero con un interés especial en cómo se relacionan con el papel de la mujer en el ministerio.

Tenemos una deuda con los que nos ayudaron a pensar de nuevo en nuestras presunciones respecto a las relaciones entre hombres y mujeres. Mucho se ha escrito acerca de la manera en que Cristo elevó a la mujer a un lugar de honor, excediendo por mucho las actitudes y las costumbres sociales de la vida del primer siglo. Mucho se ha escrito para destacar los logros de mujeres notables, no sólo de los tiempos bíblicos, sino de todos los períodos de la historia de la Iglesia. Igualmente significativos y urgentes son los llamamientos a hombres y mujeres a redescubrir nuestra unidad e igualdad espiritual en Cristo.

Sin embargo, gran parte de la literatura actual hace hincapié en una cara de la moneda excluyendo la otra. Muchos asumen que la igualdad espiritual en Cristo es la verdad dominante que hace necesario que se disculpen con explicaciones los papeles ministeriales que se encuentran en la Biblia y que están vinculados al sexo de la persona. Y hasta cierto punto, es justo hacer ese sobreajuste.

En el pasado sucedió lo contrario. La Biblia se abordaba con una perspectiva que hacía que a las mujeres se las diese por sentado, que se desperdiciasen sus dones, y que se ignorasen sus opiniones. Se usaba la Biblia para establecer un dominio masculino que carecía de equilibrio y consideración a la igualdad espiritual y a los papeles complementarios diseñados por nuestro Creador.

Esta lucha por el equilibrio en nuestra perspectiva de los hombres y las mujeres es igual al tira y afloja doctrinal de toda sana doctrina. Toda verdad experimenta una tensión por factores de contrapeso. La ley y la gracia, el libre albedrío y la soberanía, la fe y las obras, el amor y el temor de Dios, su voluntad permisiva y su voluntad directiva, todas deben aceptarse en conclusiones inclusivas y no exclusivas una de la otra. Lo mismo pasa con el asunto de los hombres y las mujeres. A ambos se nos llama a someternos el uno al otro, pero a los hombres se les llama a sacrificar sus intereses por el bien de las mujeres en maneras diferentes en que a las mujeres se les llama a someterse a los hombres selectivamente.

Sería más fácil eliminar el concepto de cabeza o la igualdad. Pero en cualquiera de los casos estaríamos satisfaciendo nuestra mente a expensas del otro aspecto de una verdad bíblica importante.

Las siguientes páginas se presentan de manera resumida para ayudarnos a ver que hemos de considerar, no sólo uno, sino muchos factores antes de poder tener una perspectiva equilibrada y bíblica de la mujer en el ministerio. Algunos de los detalles específicos tendrán que considerarse conforme al estudio, la sabiduría, la conciencia, la unidad y la fe de las congregaciones individuales. Es nuestra oración que lo que sigue a continuación sea útil en tales discusiones.

LAS ACTITUDES DEL LIDERAZGO

Jesús nos dio un ejemplo de lo que debía ser el liderazgo. A un grupo de hombres a quienes sólo les importaba el poder y la posición les definió el liderazgo en nuevos términos. Él no vivía como un rey ni se daba demasiada importancia. Jesús dirigía amando, renunciaba a sus derechos, adoptó el estilo de un siervo, se asociaba con personas despreciadas por la sociedad, lavó pies y comparó su liderazgo con algo que tenía más que ver con servir que con ser servido.

> «Pero él les dijo: Los reyes de las naciones se enseño-rean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve» (Lc. 22:25-27).

Así como Jesús honró y sirvió a hombres, también honró y sirvió a mujeres. Era amigo de ellas y les enseñaba de una manera que otros maestros no lo hacían. Después de resucitar, Jesús apareció primero a una mujer y le dio la responsabilidad de anunciar su resurrección a los apóstoles (Mr. 16:9; Jn. 20:11-18).

El liderazgo según Cristo es autosacrificio. Para llevarnos a la casa de su Padre, Cristo sufrió bofetadas de odio que debieron haber caído en nuestros rostros. Para apartarnos de la esclavitud de nuestro pecado, Cristo expuso su espalda a latigazos, su cabeza a espinas, sus manos y sus pies a los clavos, su costado a una espada, y su cuerpo sin vida a un sepulcro prestado. Para sacarnos de las tinieblas, Cristo mostró un liderazgo que primero lo hizo un seguidor dispuesto a decir: «*. . . no se haga mi voluntad, sino la tuya*» (Lc. 22:42).

Luego tenemos a Pablo, quien dijo: «*Sed imitadores de*

mí, así como yo de Cristo» (1 Co. 11:1). Como líder de la iglesia que servía en el Espíritu de Cristo, Pablo fue dotado por Dios de los dones de liderazgo. Estaba autorizado a hablar y a dirigir en nombre de Cristo, pero no usó su autoridad sin amor. No se comportaba como alguien enamorado de su propia posición e influencia. Escribió cartas, oró y lloró por personas que necesitaban ayuda. Como líder designado por Dios, trabajaba, no para recibir alabanza de los hombres, sino para recibir aprobación y honra del Señor, bajo cuya autoridad y supervisión servía.

Tal liderazgo, si se practicara hoy, resolvería muchos problemas. Ayudaría a los hombres y las mujeres que viven bajo la supervisión de otra persona a sentir que los honran y los escuchan. Ayudaría a las personas que están «bajo autoridad» a sentirse respetadas por los líderes de la iglesia y las cabezas de familia que no están por encima de lavar pies, platos, ropa, paredes y baños. Es un liderazgo que podrían aceptar más fácilmente los que leen: *«Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas . . .»* (He. 13:17).

Los líderes de iglesia buenos son los que hablan y actúan como siervos.

Sin embargo, la pregunta es si una mujer piadosa es tan candidata como un hombre para todas las posiciones de liderazgo en la iglesia. La respuesta a esta pregunta está arraigada en lo que la Biblia llama cabeza.

EL SIGNIFICADO DE CABEZA

En 1 Corintios 11, Pablo mostró que el género es un factor a tener en cuenta cuando la iglesia se reúne a adorar. Hizo sus razonamientos a partir de los principios de 1) cabeza, 2) el orden de la creación, 3) las costumbres griegas de cubrirse la cabeza física y 4) la ley natural. Pero el razonamiento más importante parece ser el primero. En el versículo 3, Pablo describió un orden en las relaciones arraigado en la Deidad. Llamó a Cristo cabeza de todo hombre, al hombre, la cabeza de la mujer, y a Dios, la cabeza de Cristo.

> «Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo» (1 Co. 11:3).
> «Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella» (Ef. 5:22-25).

Se ha escrito mucho para tratar de aclarar qué significa «cabeza». ¿Implica liderazgo y autoridad, o fuente y origen? ¿Se aplica a hombres y mujeres en general, o se limita a la relación marido-mujer? Es evidente que cuando Pablo aplicó el principio de la «cabeza» al matrimonio en Efesios 5:22-25, estaba describiendo un liderazgo de amor y de servicio. Pidió a las mujeres que se sometiesen a sus maridos, a quienes a su vez se había instruido que protegiesen, apreciasen y cuidasen a sus esposas.

Pero, ¿se extiende este principio de liderazgo más allá de la relación marido-mujer? En 1 Corintios 11, Pablo planteó el asunto de la cabeza

masculina al tiempo que hablaba de la práctica cultural de cubrirse la cabeza física en la iglesia. A Pablo le preocupaba el que las mujeres no violasen el principio de la cabeza [como liderazgo] al descartar las costumbres de cubrirse la cabeza física mientras oraban o profetizaban. Esto plantea preguntas. ¿Qué quiso decir Pablo por «cabeza» cuando surgió como tema de discusión en la iglesia? ¿Va más allá del matrimonio? ¿Tiene algún peso sobre si una mujer piadosa puede ser pastora o anciana de una iglesia?

Estas preguntas se pueden contestar haciendo otra pregunta: ¿Tendría menos implicaciones para el concepto de «cabeza» el ordenar a una mujer piadosa al puesto de pastora o anciana que la costumbre de cubrirse la cabeza física que a Pablo le preocupaba? ¿Cómo afectaría a los matrimonios una iglesia dirigida por una mujer? Los maridos podrían no estar tan inclinados a ver su responsabilidad de ser líderes amorosos, espirituales y prestos a servir. Las mujeres podrían no estar tan inclinadas a mostrar el tipo de sumisión que Pablo pidió en Efesios 5.

No es de sorprender que cuando Pablo enumeró los requisitos de un obispo (que literalmente significa supervisor o anciano), llamara a varones espiritualmente calificados (1 Ti. 3:1-7). Sabemos que a Pablo le preocupaba la forma en que el problema cultural de cubrirse la cabeza física se reflejaba en el asunto universal de la cabeza en el sentido de liderazgo, por lo que es evidente que no hubiera alentado a la iglesia a estar supervisada por una mujer. Entonces, ¿cómo puede ser sabio arriesgar un principio que a Pablo le preocupaba tanto?

EL PELIGRO DE EDIFICAR SOBRE PROBLEMAS

¿Y si nos encontramos bajo la autoridad de pastores y ancianos que no reflejan el ejemplo de Cristo? ¿Y si nuestros líderes no tienen una actitud de siervos?

Situaciones problemáticas. Cuando hay fallos en el liderazgo, la Biblia dice claramente que Dios no nos pide que sigamos un mal ejemplo. Pero sí nos pide que estemos dispuestos a vivir con un mal ejemplo, si es necesario, y hasta que cumplamos con nuestra obligación hacia aquellos líderes cuyo juicio cuestionamos. Lo que Dios pide va contra el espíritu de nuestros días. Debido a la propagación de abusos de autoridad y liderazgo en todo tipo de posiciones, tenemos una generación que se inclina a decir: «Resiste mucho y obedece poco.»

> «Todos los que están bajo el yugo de esclavitud, tengan a sus amos por dignos de todo honor, para que no sea blasfemado el nombre de Dios y la doctrina. Y los que tienen amos creyentes, no los tengan en menos por ser hermanos, sino sírvanles mejor, por cuanto son creyentes y amados los que se benefician de su buen servicio. Esto enseña y exhorta. Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, está envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, disputas necias . . .» (1 Ti. 6:1-5).

Por ese cinismo somos propensos a repetir el error de Aarón y Miriam en el Antiugo Testamento. Mientras se quejaban de la mujer cusita que Moisés su hermano había tomado por esposa (Nm. 12), aparentemente empezaron a cuestionar la autoridad de Moisés sobre ellos. Sin embargo, cometieron el error de olvidar que su hermano era su líder, no porque él lo hubiese decidido

así, sino porque Dios le había dado esa responsabilidad. Como resultado, Aarón y Miriam enojaron a Dios con sus quejas: «. . . *¿Solamente por Moisés ha hablado Jehová? ¿No ha hablado también por nosotros?* . . .» (Nm. 12:2).

Textos problemáticos. Muchos años después, y con esas tensiones de igualdad y autoridad todavía presentes, el apóstol Pablo aconsejó a un joven pastor llamado Timoteo. El apóstol aconsejó a su pupilo a no dejarse arrastrar por discusiones acerca del significado de palabras usadas por algunas personas que, aunque afirmaban correctamente las verdades de la igualdad espiritual, estaban tratando de evitar su obligación para con «patronos» cristianos (1 Ti. 6:1-5).

Irónicamente, es esta misma carta a Timoteo la que se ha convertido en un campo de batalla moderno de «palabras discutibles». Junto con 1 Corintios 11 y 14, la instrucción de Pablo en 1 Timoteo 2:11-15 está en el centro de incontables discusiones sobre el papel de la mujer en la iglesia. Ambos bandos en estos debates tienden a hacer mucho hincapié en el muy discutible significado de las palabras, en lugar de aceptar los patrones y los principios históricos de las Escrituras.

Las soluciones no se pueden edificar firmemente sobre fundamentos inciertos. No es sabio tratar de hacer algo seguro y sólido de aquellas partes del texto que percibimos son discutibles. Como resultado, tenemos que regresar a preguntas básicas. Una de esas preguntas es: ¿Asumimos que el principio de igualdad espiritual domina sobre la clase de autoridad y el orden que Dios puso en la sociedad? Si es así, tenemos que mirar más de cerca la manera en que Dios lleva el orden de la creación a los problemas de cultura.

LA MEZCLA DE CULTURA Y CREACIÓN

La primera carta a Timoteo daba consejos a un joven pastor para lidiar con la problemática iglesia de Éfeso. Éfeso era una ciudad portuaria conocida por sus cultos a la fertilidad y sus prostitutas del templo. La ciudad puede haber sido también el lugar adonde surgió una filosofía que enseñaba que la mujer fue creada antes que el hombre, que era superior a su contraparte masculina, y que una mujer verdaderamente instruida no se casaba ni tenía hijos. Por esta razón, algunos están ofreciendo una interpretación alternativa de 1 Timoteo 2:12-15. Sugieren que Pablo no estaba prohibiendo que las mujeres enseñasen ni tuviesen autoridad sobre los hombres. Más bien estaba diciendo que no permitía que las mujeres enseñasen que eran superiores a los hombres, sino que aquellas mujeres que estuviesen inclinadas a enseñar tal doctrina debían asumir la discreta conducta de uno que aprende. Esta explicación prosigue diciendo que Pablo estaba combatiendo una enseñanza falsa cuando recordó a Timoteo que (1) el hombre fue hecho primero, no la mujer, (2) que en vez de ser instruida, Eva fue engañada, y (3) que el tener hijos es honorable a los ojos de Dios.

> «Quiero, pues, . . . que las mujeres se atavíen de ropa decorosa, con pudor y modestia . . . con buenas obras, como corresponde a mujeres que profesan piedad. La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión. Pero se salvará engendrando hijos, si permaneciere en fe, amor y santificación, con modestia» (1 Ti. 2:8-15).

El valor de esa explicación

es que lleva la atención a la amenaza doctrinal que estaba perturbando a los cristianos del primer siglo. Pero su problema es que es discutible. Depende de la inserción de palabras que Pablo pudo haber hecho fácilmente y no hizo.

La comparación de 1 Timoteo 2 con 1 Corintios 11 sugiere que Pablo se refirió al orden de la creación no sólo para equilibrar una doctrina falsa característica de la cultura del primer siglo, sino para establecer una vez más un principio del liderazgo de siervo. En ambos pasajes, Pablo apeló a la evidencia universal que se remonta a la creación para establecer que el hombre es la cabeza, pero que se sacrifica a sí mismo. En 1 Corintios 11 hasta llegó a decir que el hombre no fue creado para la mujer, sino la mujer para el hombre (v. 9), antes de proceder a recordarnos que ahora ambos dependen uno del otro para existir (vv. 11,12). Lo que 1 Corintios añade es que este concepto de «cabeza» está arraigado, no sólo en el orden de la creación, sino también en las ordenadas relaciones de la Deidad (v. 3). Si Pablo estaba usando esa evidencia universal para razonar las distinciones de sexo en la iglesia corintia, es probable que estuviese haciendo lo mismo en su carta a Timoteo.

> «. . . Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo. Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón. Pero en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón; porque así como la mujer procede del varón, también el varón nace de la mujer . . .» (1 Co. 11:3, 8, 9, 11, 12).

Sin embargo, es aquí donde necesitamos mirar más de cerca cómo el orden divino de la creación cuadra con nuestra igualdad espiritual en Cristo.

EL ALCANCE DE LA IGUALDAD

Los estudios revelan que las mujeres suelen recibir tres cuartas partes del salario de los hombres por el mismo trabajo. La igualdad bajo la ley se supone que nos impida fijarnos en el sexo de la persona en el área laboral. Pero nos falta mucho camino por andar.

Muchos creen que existe una situación similar cuando se trata de igualdad e imparcialidad en la iglesia. Por un lado, la igualdad es la ley. Fue Pablo quien declaró para que todo el mundo lo oyese que la Iglesia es una institución que ofrece igualdad de oportunidades (Gá. 3:28). Sin embargo, se trata del mismo Pablo que muchos creen ha hecho difícil que a las mujeres se les ordene para el ministerio de pastor y el de equivalente a anciano. Aunque dijo que en Cristo no hay varón ni mujer, describió los requisitos de los supervisores de la iglesia en términos masculinos (1 Ti. 3:1-7), razonó que el hombre era la cabeza, pidió a las esposas que se sometiesen a sus maridos, y exigió que las mujeres (posiblemente las esposas) se tapasen la cabeza mientras oraban o profetizaban en la iglesia. Eso no suena a igualdad.

> «Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gá. 3:26-28).
>
> «Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo» (1 Co. 11:3).
>
> «Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón» (1 Co. 11:8,9).

Pero Pablo no se estaba contradiciendo. Si se estudia

Gálatas 3:26-28 en su contexto, se ve claro que no es una afirmación sobre el orden social, sino sobre la posición espiritual de igualdad de hombres y mujeres delante de Dios. Cuando se trata de los importantísimos asuntos de necesidad espiritual, salvación por fe, vida eterna, herencia en Cristo e igual acceso a Dios por medio de Cristo, acudimos a Él al mismo nivel. Somos coherederos, colaboradores y miembros del cuerpo de Cristo (Gá. 3:22-29). El Padre nos ama y nos bendice por igual. Aquel que nos dio vida en Cristo no prefiere a los hijos y deja de lado a las hijas. Pablo aseguró a hombres y mujeres por igual que todos somos hijos de Dios por la fe en Cristo (v. 26).

Esta igualdad espiritual es como nuestra unidad biológica. Lo que tenemos en común es mucho más importante que nuestras diferencias. Es muchísimo más importante que las mujeres y los hombres sean iguales como personas creadas a imagen de Dios con iguales capacidades de pensamiento, emoción y elección, que la distinción masculina y femenina que hay entre ellos.

Dios no se parcializa hacia los hombres ni hacia las mujeres. A ambos se les asegura igual acceso a Él mediante la fe en Jesucristo. Sin embargo, el problema en nuestros días es que de la misma manera en que algunos han tratado de borrar la línea biológica que hay entre la distinción masculina y femenina, otros han hecho hincapié en los principios de igualdad espiritual excluyendo con ello el orden divino. En ningún lugar es eso más evidente que en la manera en que algunos están interpretando de nuevo el principio bíblico de la sumisión mutua.

EL ALCANCE DE LA SUMISIÓN MUTUA

La sumisión es una calle de dos vías. Pero los hombres a menudo han considerado conveniente asumir que a la mujer le corresponde hacer cosas sumisas como preparar el café, tomar notas, lavar los platos y limpiar baños. Los que debimos haber-nos comportado mejor olvidamos cómodamente lo que nuestro Maestro, que lavó los pies de sus discípulos, dijo del liderazgo.

Jesús dirigió sometiéndose a las necesidades de los que le seguían. Sacrificó su comodidad, sus derechos y su alta posición para amarnos y guiarnos a la casa de su Padre.

> «Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor. Someteos unos a otros en el temor de Dios. Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia . . . Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella . . . . Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia» (Ef. 5:17,21-25,28-30,32).

Pensando en el ejemplo de nuestro Señor, que tenía una actitud de siervo, muchos hoy han corregido la presunción de que la sumisión es «cosa de mujeres». Pero en el proceso se han volteado las posiciones. Algunos están citando el mandato de Pablo de «someterse unos a otros» como si borrase completamente toda distinción de roles para hombres y mujeres en la casa

y en la iglesia.

Efesios 5 enseña a los cónyuges que imiten las actitudes y la conducta de Cristo en relación con su Iglesia. Las implicaciones son claras. Cristo se somete a la Iglesia de una manera diferente a como la Iglesia se somete a Él. El Padre ha dado a Cristo autoridad para dirigir en amor. Como esposa, la Iglesia no lo dirige a Él; lo sigue, lo cual es seguir a Dios.

Esto no significa obediencia ciega. La sumisión de una esposa ha de ser selectiva. Como nos mostrara Abigail en el Antiguo Testamento, ayudar a un esposo a destruirse a sí mismo, a su esposa y a su familia no es la clase de sumisión que Dios quiere (1 S. 25).

Algunos objetarán diciendo que Efesios 5 trata del hogar, no de la Iglesia. Pero Pablo estaba describiendo la manera en que la Iglesia actúa en la casa. No le estaba escribiendo a un edificio, sino a una Iglesia hecha de personas solteras y casadas. Lo que algunos de nosotros hemos olvidado es que no podemos separar nuestros problemas de hogar de nuestra vida eclesiástica. La Iglesia está compuesta de familias. Esas mismas familias llevan «la Iglesia» adondequiera que van.

Cristo se somete a la Iglesia de una forma distinta a como la Iglesia se somete a Cristo.

En las mujeres de la Biblia se ve que esa sumisión no convierte a las mujeres en electrodomésticos sin inteligencia. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento se caracterizan por mujeres de carácter que se distinguían por su deseo de conocer a Dios y ser usadas por Él.

LAS MUJERES DE LA BIBLIA

La Biblia muestra que el patrón, el orden y la norma de Dios para los sexos debe permitir una contribución prominente, pública y significativa de la mujer. Desde Eva, la madre de todos nosotros, hasta María, la madre de nuestro Salvador, las mujeres de la Biblia forman esa mitad complementaria e interdependiente de nuestra humanidad, separado de la cual el hombre no tendría existencia ni esperanza del cielo. Más aún, el estudio de los papeles que las mujeres han desempeñado en la historia revela la profundidad y la riqueza de su contribución.

> «Mas esto es lo dicho por el profeta Joel:Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y de cierto sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán» (Hch. 2:16-18).

María era una profetiza, y junto con sus hermanos Moisés y Aarón compartía el liderazgo de Israel (Mi. 6:4).

Débora era una profetiza y jueza de Israel que resolvía disputas con la sabiduría de Dios (Jue. 4:4). Durante su servicio, Dios usó a otra mujer llamada Jael para matar a un rey enemigo (4:21).

Abigail, quien a la larga llegó a ser esposa de David, se distinguió cuando actuó contra los deseos de Nabal, su malvado esposo, y así se salvó ella y su casa (1 S. 25).

Ester fue una reina que, por su coraje e inteligencia, Dios la usó para salvar a su pueblo.

Hulda fue una profetiza de Israel que habló palabras de juicio a una delegación de hombres entre los que estaba el sacerdote Hilcías (2 R. 22:14).

Las hijas de Israel estarán entre los profetas de los

últimos días, según Pedro, quien citó al profeta Joel (Joel 2:28-32; Hch. 2:17,18).

Entre **las profetizas del Nuevo Testamento** están Ana (Lc. 2:36) y las hijas de Felipe (Hch. 21:8,9).

María Magdalena y varias otras mujeres se cuentan entre los amigos cercanos de Jesús y fueron las primeras en ver a Jesús después de su resurrección (Mt. 28:1-10; Mr. 16:9).

María y Marta también estaban entre los amigos cercanos de Jesús. María, en una época en que las mujeres no recibían instrucción de parte de los rabíes, fue alabada por Jesús por escucharlo atentamente y aprender de Él mientras su hermana Marta se preocupaba con detalles más domésticos (Lc. 10:38-42).

Priscila y su esposo Aquila lograron una mención de honor cuando juntos enseñaron a Apolos la doctrina de Cristo (Hch. 18).

Febe fue reconocida por Pablo como sierva y ayudante, no sólo de la iglesia en Cencrea, sino también de él (Ro. 16:1).

El estudio de los papeles que las mujeres han desempeñado en la historia revela la profundidad y riqueza de su contribución.

Junias posiblemente fuera una mujer que, junto con Andrónico, Pablo dice que era «*muy estimada entre los apóstoles*» (Ro. 16:7).

LA OPORTUNIDAD NO DESAFIADA

Nadie puede cuestionar sobre bases bíblicas el servicio que prestan las mujeres que ayudan a otras mujeres. Más importante aún: se necesita desesperadamente. Más de la mitad de la población del mundo es accesible a la mujer que percibe el llamamiento de guiar a otras mujeres a Cristo, disciplinarlas y exhortarlas en la difícil tarea de ser mujer (Tit. 2:1-5).

> «Pero tú habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina . . . que . . . las ancianas . . . sean reverentes en su porte; no calumniadoras, no esclavas del vino, maestras del bien; que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la palabra de Dios no sea blasfemada» (Tit. 2:1-5).

Adondequiera que vayamos, las mujeres están buscando ayuda con problemas relacionados con el matrimonio, los hijos, el abuso físico, sexual y emocional, las enfermedades mentales e incontables formas de aflicción. Las mujeres que luchan con las adicciones, los desórdenes en el comer, el divorcio o el desempleo necesitan quienes las exhorten.

El mundo espera una visión de lo que se puede hacer a través del ministerio de las mujeres a otras mujeres, y a través de ellas, a incontables niños, esposos y amigos.

En muchas iglesias, las mujeres pueden servir en todas las formas excepto como pastoras o ancianas: visitando hospitales, haciendo estudios bíblicos, sirviendo en los ministerios de música y evangelización, y trabajando con grupos de apoyo cristianos. Un número cada vez mayor de iglesias emplea mujeres a tiempo completo para supervisar el desarrollo de estos crecientes

ministerios que tanto se necesitan.

Las mujeres no están limitadas a ministrar a otras mujeres. Pero no desestimemos la importancia que tiene el que las mujeres ayuden y guíen a otras mujeres. Vemos algo de esto en la exhortación de Pablo a las mujeres mayores a enseñar a las más jóvenes a vivir y a amar de tal manera que agraden a Dios (Tit. 2:3-5).

Cuando Dios abre una puerta, no hay persona ni institución que la pueda cerrar.

El otro ministerio para las mujeres que no se puede desafiar es el papel de servicio que Dios da a todos sus hijos, hombres y mujeres por igual. Nadie nos puede impedir que contribuyamos específicamente con lo que Dios nos ha llamado a hacer. Si Dios abre una puerta, nadie la puede cerrar. Si Dios cierra una puerta, nadie la puede abrir. No hay gobierno, institución, tradición ni persona que nos pueda impedir hacer lo que Dios nos ha llamado a hacer. Por esa razón tenemos que relajarnos en la confianza de que nuestra responsabilidad no es forzar nuestros servicios en nuestro mundo, sino dejar que Dios haga su obra a través de nosotros. Nuestra responsabilidad no es construir un ministerio, sino hacer lo que está a la mano fiel, honesta y amorosamente. Alguien dijo: «Si la gente mide sus vidas por lo que otros hacen por ellos, se van a decepcionar; pero si la miden por lo que ellos hacen por los demás, no hay tiempo para desesperarse.»

Estamos rodeados de hombres y mujeres que tienen necesidades.

LA NECESIDAD DE AMOR

En 1 Corintios 11, Pablo escribió acerca de la distinción espiritual y sexual. En el capítulo 12 describió la función complementaria y la unidad. En el capítulo 13 abordó el asunto más importante de todos. Después de lidiar con el derecho soberano de Dios de diseñar una humanidad y una Iglesia basadas en las diferencias cooperativas, Pablo mostró qué es lo que hará o deshará el plan de Dios. Sin amor, y específicamente sin la clase de amor que Pablo describió, las diferencias no van a favorecer a nadie, sino que obrarán en contra de todos.

De lo que Pablo escribió después podemos concluir que todo el conocimiento del mundo sobre la diferencia o la igualdad sexual no tendrá valor alguno si no hay amor. De nada servirán a los ojos de Dios los libros cuidadosamente escritos, ni los discursos pronunciados elocuentemente, ni las charlas eruditas sobre el papel de la mujer en la Iglesia si no se ofrecen con amor. Toda la fe del mundo en que las ideas de uno están arraigadas firmemente en la autoridad de la Palabra de Dios o en el corazón del propio Espíritu de Dios tampoco tendrá provecho alguno si no tiene amor (13:1-3).

Sin amor, los hombres se vuelven dominantes o pasivos, y las mujeres, usurpadoras o serviles.

Pero Pablo no hablaba de cualquier tipo de amor. Hablaba del amor por hombres y mujeres que «es sufrido y benigno». Pablo escribió: «*El*

amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta» (13:4-7). Y el amor hace todas estas cosas por el bien mutuo.

Nuestra tendencia es tratar de ser hombres líderes o mujeres sumisas por motivaciones erradas. Como ha señalado alguien: «En la casa, el liderazgo amoroso y humilde del esposo tiende a sustituirse con dominio o pasividad; la sumisión inteligente y bien dispuesta de la mujer tiende a susituirse con usurpación o servilismo. En la iglesia, el pecado inclina a los hombres hacia un amor mundano al poder o a una abdicación de la responsabilidad espiritual, e inclina a las mujeres a resistir las limitaciones en sus roles o a descuidar el uso de sus dones en ministerios apropiados» (sacado del *Danvers Statement*).

¿Le confunde el papel de la mujer en la iglesia? ¿Se enoja por la mala utilización que ha visto del liderazgo? ¿Tiene temor de que esté a punto de ocurrir algo terrible si las cosas no cambian . . . o si cambian? Entonces respire profundamente y mire a Cristo a los ojos. Él es la solución del liderazgo adondequiera que sea. El liderazgo no sirve de nada a menos que sea paciente, benigno, no envidioso, no jantacioso, que no se dé mucha importancia y no sea autoprotector, sino solícito, útil y sensible.

HACIA UNA CONCLUSIÓN

Física y espiritualmente, los hombres y las mujeres son mucho más similares que distintos. Sin nuestra interdependencia, niguno podría existir. Juntos, en la distinción masculina y femenina, reflejamos la semejanza a Dios. Él nos ama y nos acepta por igual en Cristo, somos bautizados igualmente en Su cuerpo, y somos igualmente responsables de honrarnos y amarnos unos a otros. Somos llamados a ministrar juntos, a servir a Dios y a servirnos unos a otros en la actitud de Cristo.

La mayor parte del Nuevo Testamento trata a los hombres y a las mujeres como iguales espirituales llamados ambos a desarrollar la fortaleza de carácter que tiene lugar cuando Cristo se forma en nosotros.

Sin embargo, nuestra abrumadora semejanza física y espiritual no debe cegarnos a las diferencias y características creativas de distinción que nuestro Diseñador ha puesto en nosotros para nuestro común enriquecimiento y supervivencia. Físicamente hablando, los hombres no se honran a sí mismos cuando hacen un gran esfuerzo por ser femeninos. Las mujeres no se distinguen a sí mismas ni glorifican a su Creador tratando de ser masculinas. Nos dignificamos a nosotros mismos edificando sobre las similitudes y diferencias complementarias que Dios ha puesto en nosotros.

El ministerio en la iglesia tiene algunas de las mismas implicaciones. Las oportunidades de ministrar son mucho más semejantes que diferentes. Los hombres y las mujeres han sido llamados a ayudarse mutuamente con cualquier don que tengan que ofrecer. Son llamados a exhortarse, a desafiarse y a

enseñarse mutuamente. Sólo en roles de supervisión general existe una diferencia bien definida. Los hombres calificados deben aceptar la responsabilidad de las posiciones equivalentes a anciano en el gobierno de la iglesia.

¿Es posible que 1 Timoteo 3:1-7 y Tito 1:5-9 describan a los ancianos que gobiernan en términos masculinos sólo por causa de la cultura a la que se dirigieron? No a la luz del hecho de que Pablo vinculó el concepto de cabeza dentro del matrimonio con la creación, la Deidad y la relación de Cristo con la Iglesia. El orden de Dios para las relaciones conyugales, como se describe en Efesios 5, es importante para entender este asunto.

Cuando el principio de liderazgo masculino surgió en el planteamiento que Pablo hizo de la Iglesia, el apóstol protegió el orden establecido por Dios para los cónyuges (1 Co. 11:1-12). Esto queda claro por el hecho de que a Pablo le preocupaba que el asunto cultural de cubrirse la cabeza se hiciese debidamente para proteger el principio del orden del liderazgo en las relaciones hombre-mujer. Él puede haber estado pensando más ampliamente y no sólo en la relación marital, pero puesto que no se tomó la molestia de aclararlo, sólo podemos asumir que cuando menos estaba mostrando preocupación por el liderazgo marital en la Iglesia. Esta preocupación por la relación que se describe claramente en Efesios 5 es muy significativa. Podemos estar seguros de que Pablo habría estado mucho más preocupado por el modelo pastoral que por el asunto de cubrirse la cabeza. Tener a una mujer como pastora o anciana confundiría la relación esposo-esposa dentro de la Iglesia.

¿Cuáles son los roles equivalentes al de anciano? Lo importante no es el título,

sino la función, el puesto y el papel. El Nuevo Testamento usa varios términos tales como obispo, anciano o pastor para describir a los miembros que supervisan o gobiernan una iglesia. Hoy día, algunas iglesias tienen diáconos que desempeñan el mismo papel de supervisión general o gobierno de la iglesia. Si una iglesia tuviese un concilio llamado el Grupo X para supervisarla, los miembros del Grupo X serían los equivalentes a ancianos.

Debido a esas diferencias en la organización de las iglesias, no es posible ni aconsejable que descifremos los detalles. Lo importante es que la iglesia no se organice de tal manera que confunda el orden que Dios estableció en las relaciones conyugales.

Sin embargo, mientras se discuten todas esas cosas, es sumamente importante recordar que la intención del concepto de cabeza que se sacrifica a sí mismo es hacer resaltar lo mejor de una mujer. Tal como nos muestra Cristo por medio de su relación con la Iglesia, el concepto de cabeza en el matrimonio está arraigado en mucha conversación, sumisión mutua, participación suplementaria y libertad de elección y de expresión. Mientras afirmamos la importancia del principio de cabeza, debemos recordar la participación y expresión profética que las mujeres compartían en los períodos del Antiguo y Nuevo Testamento.

¿Qué se puede decir de 1 Timoteo 2:11-15, que prohíbe a las mujeres enseñar o tener autoridad sobre un hombre y en lugar de ello estar en silencio? En este pasaje, la palabra que usó Pablo para «silencio» no significa que una mujer deba abstenerse de hablar. Él usó la palabra griega hesuchia, que se usa en otra parte del Nuevo Testamento, para sugerir una conducta «calmada o no disociadora». Igualmente

importante es que Pablo usara una palabra inusual para «autoridad» que se utilizaba a veces para implicar gobierno absoluto o autocrático. Estos factores han de combinarse con la evidencia de que la palabra «enseñanza» *(didasko)* en tiempos del Nuevo Testamento conllevaba la alusión formal a los estilos griego y judío de la relación maestro-estudiante. Por tanto, parece que Pablo pide una vez más la quietud (una forma de hablar no disociadora) que no arriesgue el liderazgo masculino.

Esta enseñanza habría sido especialmente importante para Timoteo. En Éfeso, él estaba expuesto a las sectas paganas de la fertilidad que cambiaban el patrón del liderazgo y fomentaban la dominación femenina.

A la luz de lo que Pablo dijo, ¿es correcto que una mujer enseñe a un grupo de adultos mixtos en la iglesia? Cada iglesia o asociación de iglesias debe trabajar cuidadosamente y en actitud de oración con su propia responsabilidad ante las Escrituras. Esto lo determinará en gran medida la manera en que la iglesia crea que honra más el contrapeso de la igualdad espiritual y el concepto de cabeza en el matrimonio. En muchos casos, la acción también dependerá de las actitudes de las personas involucradas. En todos los casos, los hombres y las mujeres que quieran hacer la voluntad de Dios pueden estar seguros de que su Señor les dará la sabiduría necesaria para tomar decisiones que protejan la conciencia, la unidad y la fe de su comunidad de fe (Stg. 1:2-8).

¿Qué quiso decir Pablo en 1 Timoteo 2:15 con que la mujer «*se salvará engendrando hijos*»? Pablo no se estaba refiriendo a la salvación del pecado. Es más probable que estuviese diciendo que las mujeres son

salvas de la vergüenza de su rol en la caída (v. 14) por medio del alto honor de engendrar hijos, sin lo cual, ninguno de nosotros existiría. Una mujer no tiene que tener hijos para compartir esa marca distintiva de su condición de mujer. Sin embargo, para obtener de lleno la «salvación de la caída», debe tener fe en Jesucristo, y luego perseverar «en fe, amor y santificación, con modestia».

¿Qué se puede decir de 1 Corintios 14:26-40, pasaje que parece prohibir a las mujeres hasta profetizar y orar en la iglesia (ambas cosas permitidas en 11:5)? Algunos han sugerido que cuando Pablo dijo: *«vuestras mujeres callen en las congregaciones»* (14:34), estaba citando y luego refutando una prohibición que se repetía mucho y era bien conocida de los corintios. Sin embargo, la respuesta de Pablo no aclara que estuviese haciendo esa afirmación para disentir de ella. En todos los otros pasajes (como Romanos 6:1,15), mostró lo claro que podía ser cuando deseaba plantear un asunto que quería desacreditar.

Parece más seguro concluir que Pablo estaba una vez más dando pasos para proteger, no sólo el orden y la reputación de la iglesia, sino también el delicado equilibrio entre las relaciones hombre-mujer. Por ejemplo, nos dijo que estaba escribiendo a una iglesia caracterizada por la desorganización y la confusión (1 Co. 14:33). También era una iglesia en la cual al menos algunas de las mujeres no se daban cuenta de que aunque habían encontrado igualdad espiritual, aún eran responsables de respetar los principios de orden divino y liderazgo conyugal (1 Co. 11:1-16).

Puesto que los versículos anteriores hablan de la necesidad de juzgar si una profecía venía o no de Dios

(14:29-33), algunos creen que Pablo estaba diciendo que las mujeres habían de excluirse a sí mismas de esta «función de supervisión». (Aquí, cuando Pablo habló de estar «en silencio», usó la palabra *sigao*, que significa «no decir nada en absoluto».) Si juzgar la profecía es lo que el apóstol tenía en mente, entonces estaba diciendo que aunque el liderazgo masculino no impedía a la mujer profetizar, sí la restringía de un nivel de debate y discusión públicos.

Otra posibilidad es similar a lo que hemos observado en nuestra interpretación de 1 Corintios 11. Algunos creen que cuando Pablo dijo: *«Vuestras mujeres callen en las congregaciones»*, podría haberse estado refiriendo, no a las mujeres en general, sino a las esposas. La palabra griega que el apósto usó para «mujeres» *(gunaikes)* se podría referir tanto a las casadas, como a las solteras, como a las mujeres en general, dependiendo del contexto. Aquí en 1 Corintios 14, Pablo usó una palabra para sumisión, la cual, cuando se usa en otros pasajes respecto a una mujer, siempre se refiere a una mujer casada que había de someterse a su esposo. (Véase *The Bible Knowledge Commentary* sobre 1 Corintios 14:34-40.)

La segunda evidencia que muestra que Pablo se refería a las mujeres casadas se encuentra en el versículo 35. Dijo que las mujeres por las que él estaba preocupado debían *«preguntar en casa a sus maridos»*.

En cualquiera de estas interpretaciones, al menos un principio está siempre presente: la igualdad espiritual en Cristo de una mujer debe complementar, y no disminuir, el principio de cabeza espiritual.

UNA CONSTANTE PREOCUPACIÓN

Fue difícil escribir este librito por muchas razones. Una de las preocupaciones ha sido que algunos lo usen como otra excusa para no dar el honor y el trato justo a ese ejército «invisible» de hermanas sobre cuyas espaldas se ha movido la Iglesia. En lugar de ello, rogamos a nuestros hermanos que se unan a nosotros como nunca antes en el compromiso de alentar y buscar el consejo, la participación y la expresión de las mujeres en todos los niveles de la vida de iglesia. Los pastores, los ancianos y los esposos que no honran a las mujeres en su toma de decisiones se hacen daño a sí mismos y al cuerpo de Cristo.

Hay otra preocupación aun más importante. Algunos podrían resentir tanto la exclusión de las mujeres del papel de pastor y anciano que se sientan tentados a rechazar a Cristo. Sin embargo, tal inclinación a volverse contra Cristo es una señal para que se examine lo interior. Hemos de cerciorarnos de que el verdadero problema no esté entre nuestro derecho a un tratamiento igualitario y el derecho que tiene Dios de ser Dios. El que nos haya creado con diferencias complementarias no significa que nos trate de una manera diferente en lo que concierne a nuestra necesidad de amor, oración, perdón, seguridad de la relación, plena aceptación, vida eterna y derechos legales a su reino eterno. Es absolutamente cierto que todos los que reciben a Cristo serán recibidos por Él. Los hombres y las mujeres por igual serán salvos creyendo que la salvación se halla, no por nuestro esfuerzo, sino confiando; y confiando, no en nuestros méritos, sino en la misericordia de Cristo (Jn. 5:24; Ro. 3:23; 6:23; Gá. 3:22-29).